



*Primera
parte*

Capítulo 1

ENTRE CERO Y UNO HAY UN INFINITO

Emma Atherton nunca se habría descrito a sí misma como una entrometida. Como una ingenua, eso sí. Tozuda, casi seguro que también. Sabía que era optimista hasta rozar el ridículo y, en general, se consideraba bastante discreta cuando de lidiar con los problemas se trataba. Pero no era una entrometida. Aquella noche, sin embargo, hasta ella tenía que reconocer que los acontecimientos parecían contar una historia muy diferente.

—Igual mañana me maldices, pero creo que voy a hacerte un favor —anunció, conteniendo una sonrisa.

Frente a ella, Alice Harrington, la institutriz de su hermana pequeña, la miraba con cierto recelo.

—¿Qué favor?

—113 de Drury Lane —respondió Emma y, ante la evidente confusión de Alice, se le ensanchó la sonrisa—. Ya me has oído. Ahora, si quieres, hazte un favor a ti misma.

Antes de que la joven se marchara decidida, tuvo tiempo de ver en su expresión una sucesión de sentimientos que iban de la indecisión a la esperanza, pasando por algo que parecía ser una abrumadora gratitud. La vio alejarse con cierta preocupación, pero sin el más mínimo remordimiento: si estaba en su mano facilitar la felicidad de Alice y, con ella, la de un buen amigo como Liam, no necesitaba pensarlo dos veces.

Con aquellas breves indicaciones se había asegurado de que se encontrasen esa noche, no tenía ninguna duda, como tam-

poco dudaba de que les iría bien. Necesitaba creer que así sería, porque si a dos personas que se anhelaban como Alice y Liam no les iba bien... Bueno, entonces Emma ya no sabría en qué creer.

Respiró hondo. Tragó saliva. Miró alrededor para terminar de convencerse de que no solo no había hecho nada malo, sino que, en realidad, había hecho lo correcto. Tampoco es que hubiera nada por lo que preocuparse: nadie le estaba prestando atención a ella. El salón de baile de Westfield House estaba abarrotado de gente ansiosa por dejarse ver con las personas adecuadas, y que aquel fuera el primer evento que el conde de Hardwick ofrecía después de haberse hecho con el título convertía aquella velada en un acontecimiento excepcional que nadie estaba dispuesto a desaprovechar.

—¿A dónde va Alice con tanta prisa? —la sobresaltó Helen, que hizo aparición con su delicadeza habitual—. ¿Y a qué viene esa cara?

Se volvió hacia su amiga tratando de aparentar algo que esperaba que pareciera inocencia.

—¿Qué cara?

—Esa que tienes.

—Estoy bastante segura de que sabrás que esta es, de hecho, mi cara.

—Qué va. Si no te conociera, pensaría que te duele una muela, pero... —Helen se limitó a encogerse de hombros—. Suéltalo ya: ¿qué has hecho y por qué me lo escondes?

—No he hecho...

—Está bien, tarde o temprano me acabaré enterando. ¿Has visto a mi hermano?

No le sorprendió la interrupción ni el cambio de tema. Una no era amiga de Helen Westfield durante diez años sin aprender a convivir con su peculiar forma de ser y de ver el mundo.

—¿A cuál de ellos?

—¿Tú qué crees? —preguntó Helen, abriendo los ojos con elocuencia—. Al único que tiene una vida interesante.

Con un gesto de suficiencia, Emma se tocó el mentón y se aseguró de usar ese tono grandilocuente que sabía que sacaría a su amiga de quicio.

—En esta ocasión, voy a suponer que te refieres a Liam y me voy a guardar esa curiosa consideración tuya. Creo que a John podría interesarle escucharla en el futuro...

—Bah, puedes contárselo cuando quieras —Helen descartó la amenaza con un gesto, como quien aparta una mosca—, llevo burlándome de él por ser tan aburrido desde que tengo uso de razón. Pero de tu intento por desviar la conversación deduzco que sí has visto a Liam. Y ya que yo no he podido dar con él, deduzco también que se ha marchado del baile.

—Tu astucia me abrume, querida —la provocó Emma, aunque solo fuera para demostrarle que ella también sabía jugar a ser pedante.

—Si combino la desaparición de mi hermano con la forma en que Alice se ha marchado sin despedirse de nadie, es fácil llegar a la conclusión de que vas a necesitar una nueva carabina para Mary antes de lo que esperabas.

—Yo diría que eso es mucho suponer.

—¿Un par de chelines?

—¿Solo un par? No estás tan segura, entonces. Que sean cinco —apostó Emma, con más confianza de la que sentía—. Le irá bien, pero Alice no me dejaría tirada.

Se hizo un silencio breve, destinado a morir en cuanto la paciencia de Helen se agotase. Sin embargo, no estaba preocupada: hacía un año que Alice Harrington trabajaba para su familia como dama de compañía de su hermana pequeña, y aunque ahora sabía que compartía una historia con Liam Westfield y

esperaba de corazón que encontrasen la forma de salvar la distancia que los separaba, estaba convencida de que renunciar a la ocupación que le proporcionaba sustento no era algo que la joven tuviera en mente por el momento. Cualquier otra la habría despedido al descubrirlo todo, claro, pero Emma no era cualquier otra, y ese era un pensamiento alentador. No todo tenía que salir mal siempre.

Cuando, después de diez segundos, Emma se dio cuenta de que su amiga seguía sin decir nada, se volvió hacia ella con gesto preocupado. Y la encontró mirándola fijamente.

Ay, no. Allí estaba: la mirada lastimera.

—Por favor —le suplicó Emma—, dime que no vas a preguntarme otra vez.

Porque no, no le quedaban fuerzas para tratar de convencer por enésima vez a la menor de los Westfield de que no, no estaba enamorada de su hermano Liam.

No, no tenía el corazón roto.

No, no le importaba lo más mínimo que él hubiera encontrado su felicidad con otra persona. Y si indicarle a Alice su dirección para que pudiera ir a encontrarse con él en plena noche no servía para demostrarlo, ya no sabía qué más podía hacer.

Era muy consciente de que en algún momento del pasado todos a su alrededor habían dado por hecho que acabaría casada con Liam Westfield. ¡Por Dios, durante años ella misma había creído que era cuestión de tiempo! Y lo había aceptado con la naturalidad con la que aceptaba que el día sigue a la noche, porque sí, porque era lo que se esperaba de ella. Porque era lo correcto. Y porque, para ser sincera, debía admitir que acabar casada con Liam no sonaba nada mal. Es decir, Emma Atherton tenía dos ojos perfectamente funcionales en la cara, muchas gracias.

Para la joven de catorce años que una vez fue, resultó fácil prendarse del atractivo hermano mayor de su amiga, claro. Los

adultos que los rodeaban, incluida *lady* Hardwick, parecían dar por hecho que el compromiso era cosa hecha, y ella misma había terminado por creérselo.

Pero el tiempo había pasado... y aquella insinuación no se concretó nunca. Y dado que Emma sabía que la resistencia por su parte había sido inexistente, llegó a la conclusión —bastante obvia, por cierto— de que fue Liam quien puso fin a todo aquello.

Al menos debía estar agradecida porque él nunca hubiera comentado nada al respecto, ahorrándoles así una humillación a ambos. Sobre todo, a ella, que ya tenía suficiente con aguantar las expresiones lastimeras del resto de damas y caballeros cuando se animaba a intervenir en una conversación. No necesitaba que el desdén fuera aún más evidente ni la compasión aún más sangrante. Las habladurías se diluyeron con los años, pero si había algo que la alta sociedad conseguía con admirable virtuosismo era minar el amor propio de quienes daban un solo paso en falso. Emma había sido repudiada una vez, y no tardó en comprender que se pasaría la vida tratando de demostrar que ella valía más que ese rechazo.

Ni siquiera era una cuestión de desamor. Después de todo ese tiempo, había tenido que reconocerse que si alguna vez había estado enamorada de algo, había sido de la idea de cumplir con las expectativas de los demás. No se atrevía a afirmar que hubiera ganado mucho en experiencia vital en esos años —las posibilidades para una dama de su posición eran limitadas, por decirlo de un modo amable—, pero estaba segura de contar con un poco más de sabiduría y pragmatismo que a los catorce: ahora sabía que casarse con el mayor de los Westfield no habría sido lo peor que podía pasarle, pero... tal vez, tampoco habría sido lo mejor.

—No, no... —concedió Helen, tras pensárselo durante más tiempo del que Emma habría querido—. No. Ya sé la respuesta.

Por mucho que la quisiera, había días en los que podría matarla.

—¿Sabes? —declaró más airada de lo que había pretendido—, creo que buscaré a Mary y nos marcharemos también.

—Emma...

—No, lo digo en serio. Estoy cansada.

—Ni siquiera has saludado a John —le recordó su amiga—. No puedes marcharte sin ir a verlo.

Emma suspiró. Estaba exhausta, aunque era muy consciente de que ni siquiera era tarde y que nada de lo que había hecho ese día justificaba su cansancio. Debería haberse bebido esa limonada que Alice le había ofrecido una hora antes.

—A John no le importará —dijo Emma—. Me tiene muy vista.

—Eso no te lo crees ni tú. No te lo perdonaría.

Muy a su pesar, Emma miró a su alrededor y buscó entre la multitud hasta dar con John Westfield. No estaba muy lejos de donde ellas se encontraban pero, por supuesto, estaba ocupado.

—Creo que el héroe de la noche ha sido capturado.

Conversaba con un caballero al que Emma no conocía, aunque referirse a eso como una *conversación* tal vez resultara un poco exagerado. El recientemente estrenado lord Hardwick se limitaba a asentir con educada regularidad y expresión aburrida.

—¿Crees que deberíamos rescatarlo?

—Deja que se las apañe —respondió Helen, quitándole importancia con un gesto vago de la mano—. Eres una blanda, siempre acudes en su ayuda. Lo malcrías y luego espera que yo lo trate con la misma deferencia.

—No te quejas tanto cuando te ayudo a ti.

—Eso es algo completamente distinto. Es tu obligación moral.

Declaró aquello con tanta rotundidad que a Emma no le quedó más remedio que darle la razón, alzando un vaso imaginario para brindar:

—Por las amigas con códigos morales.

—Por las amigas dispuestas a saltárselos —replicó Helen.

Se le escapó una risa con la que volvió a sentirse un poco más ella misma y un poco menos esa chica lamentable a punto de desfallecer que era medio minuto antes. Tal vez, después de todo, sí que pudiera disfrutar de lo que quedaba de noche. Podía intentar esforzarse, aunque fuera solo un poquito, por conocer a alguno de los muchos caballeros solteros que deambulaban por la sala. Podía olvidarse durante un rato de todo y simplemente...

—Ay, Dios... —interrumpió su propio hilo de pensamientos con solemnidad—. Me está haciendo la señal.

—¿Qué? —Helen se volvió hacia donde estaba su hermano—. No está haciendo la señal.

—No está haciendo tu señal, sino la mía.

—Vosotros no tenéis una señal.

—Claro que la tenemos.

—¿Por qué tenéis una señal? —preguntó Helen componiendo un gesto tan desconcertado que Emma se regodeó en disfrutarlo. No todos los días conseguía pillarla desprevenida.

—¿Cómo íbamos si no a librarnos de ti cuando lo necesitamos?

Helen abrió la boca hasta formar una perfecta y ofendida «o», y en una última concesión al drama, como solo ella sabía hacerlo, se llevó una mano al pecho.

—No te atrevas a marcharte y a dejarme así, Atherton, o te juro que...

No llegó a escuchar la amenaza porque ya estaba a medio camino de donde se encontraba John. Tal vez más tarde pagara el precio —Helen jamás olvidaba una afrenta, una burla o, en definitiva, cualquier acción que pusiera en entredicho que ella era la persona más inteligente en varias millas a la redonda—, pero el riesgo merecía la pena a cambio de vencerla de vez en cuando.

Además, ni siquiera era verdad que ella siempre acudiese al rescate de John. Lo que ocurría era más bien que las ocasiones en las que él pedía ayuda eran tan escasas que una no podía permitirse el lujo de no acudir a socorrerlo.

De acuerdo, puede que sintiera una cierta debilidad por él. Era razonable, si se tenía en cuenta que John era su único amigo. Amigo de verdad. Como Helen. Casi como Helen. Aunque un poco distinto. ¿No? O tal vez se debiera a ese encanto natural por el que Helen solía burlarse de él: no existía un solo ser humano sobre la faz de la Tierra a quien no le cayera bien John Westfield. Era un hecho probado. Pero Emma siempre había defendido que, más que un motivo de burla, aquello le parecía una gran ventaja a la hora de enfrentarse al mundo.

—Buenas noches, mi lord —lo saludó con su mejor voz de niña recatada e imprimió a sus palabras la cantidad justa de ansiedad contenida—: disculpe la interrupción. ¡Gracias a Dios que lo he encontrado! *Lady* Hardwick pregunta por usted. Al parecer, ha habido algún tipo de percance en...

—¡Dios mío! —la interrumpió John, que de un instante a otro se había convertido en la viva imagen de la preocupación, y aún tuvo tiempo de volverse hacia el desafortunado caballero con el que había estado hablando—. Discúlpeme, lord Crane, debo...

—Desde luego, desde luego... —los animó a marcharse con un gesto—. No deje que yo le retenga.

Con un agradecimiento breve y una inclinación de la cabeza, John se alejó del caballero al tiempo que colocaba la mano de Emma sobre su brazo, y todo en menos tiempo del que a ella le llevó parpadear con asombro.

—Vaya —dijo cuando se hubieron alejado unos cuantos pasos—, ¿tan terrible estaba siendo?

—¿Terrible? Si hubieras tardado un minuto más en hacerme caso habría gritado.

—No seas exagerado, ¡he sido muy rápida!

—Emma, llevo siglos haciéndote la señal.

—¡Eso no es verdad! —replicó—. Lo habría visto.

—Permíteme dudarlo... —se burló él, aunque a Emma no le quedó claro de quién.

—He de decirte que he arriesgado mucho para acudir a salvarte —se defendió—. He dejado a Helen con la palabra en la boca.

—¿Has hecho eso? —Se volvió hacia ella alarmado y Emma tuvo que morderse el labio para contener una carcajada que habría sido poco apropiada en medio de aquel salón de baile—. No, en serio. Deberías tener cuidado con cualquier cosa que comas o bebas cerca de ella durante los próximos... ¿dos meses?

—Tres. Toda precaución será poca. Así pues, he puesto mi integridad física en juego para salvarte, y tú ni siquiera reconoces mi valor. ¿Qué clase de caballero hace eso?

—Me rindo ante tu argumentación. Gracias por acudir a mi llamada de auxilio —dijo con una ligera inclinación que pretendía ser caballerosa, pero que la hizo reír de nuevo—, mi dama de brillante armadura.

Siguieron caminando por la sala, se detuvieron justo en el borde de la zona donde el resto de las parejas bailaba, pero no avanzaron ni un paso más. Ellos nunca lo hacían. En el pasado, Emma había esperado que, dada la amistad que los unía, él se lo pidiera. Aunque fuera por pura cortesía. Sin embargo, que ella recordase, eso solo sucedió una vez, y de eso hacía ya muchos años. Con el tiempo, ella misma se había animado a invitarlo, pero siempre con el mismo resultado: mejor en otra ocasión.

Había llegado a la conclusión de que John era demasiado cuidadoso con sus actos como para dejarse llevar por la frivolidad de un baile, por eso nunca perdería el tiempo sacándola a bailar, ya que no tenía ninguna intención de cortejarla; y Emma... bueno, con el tiempo había dejado de encontrar el ánimo suficiente

para pedírselo a él. Hasta ella tenía sus límites. Tomó aire para comentar algo al respecto en el momento exacto en que él quiso saber:

—¿Ha encontrado Mary algún pretendiente ya?

—Por Dios, espero que no —respondió Emma, mirándolo entre escandalizada e inquieta, valorando de hecho la posibilidad real de que su hermana pequeña *sí* hubiera encontrado a alguien, tan desesperada como parecía al llegar al baile—. No lleva ni tres horas alternando en sociedad.

—En mi no tan limitado conocimiento del carácter de tu hermana, diría que ya le están sobrando dos horas y cincuenta minutos.

—No seas exagerado. Además, le he confiado la vigilancia a Elise. Tengo fe en que sabrá mantenerla a raya.

—Debe ser fe, sí, porque la filosofía empírica no está de tu parte en esto.

—¿Te he dicho alguna vez que eres insufrible?

—Unas cien o doscientas veces, gracias.

Por la leve reverencia que le dedicó y la amplia sonrisa con la que pronunció esas palabras, cualquiera que los hubiera estado observando se habría quedado convencido de que la señorita Atherton acababa de halagar al conde de Hardwick con gran generosidad. Emma se soltó de su brazo para situarse frente a él, porque era lo apropiado.

—¿De qué hablabas con lord Crane para estar tan deseoso de escapar? —indagó, curiosa.

—No me hagas eso. La conmoción es demasiado reciente... —dijo, y cerró los ojos como el doliente que solo él sabía ser—. Mejor cuéntame de qué hablabas tú con Helen. Por irrelevante que sea, no puede ser tan aburrido como las técnicas de estabulación para la correcta cría de ganado ovino en la campiña de Cambridgeshire.

—Ay, Dios...

—¿Ves? Me lo ha metido en la cabeza. Ahora tendré suerte si no me paso la próxima semana hablando de ovejas.

Se rio de él sin molestarse en disimularlo. Habían dejado atrás la sala de baile y, en aquel otro salón, la multitud se encontraba algo más dispersa.

Ahora que había cumplido con su misión de rescate, dio por hecho que John se disculparía y se marcharía para encontrar una compañía más interesante. De hecho, él ya había dejado de prestarle atención y estaba centrado en buscar algo o a alguien a su alrededor. Sin embargo, parecía ajeno a la cantidad de ojos que lo escrutaban. Varias decenas de jovencitas a su alrededor lo miraban con cierto disimulo; sus madres, en cambio, no se molestaban en ocultar el interés que el conde les despertaba.

No le sorprendía. Ya era hora de que la gente se fijase en John. Lo único que la entristecía un poco era pensar que si toda esa atención se había desatado justo ahora, se debía únicamente a que había heredado un título. Y John se merecía más que eso. Si acababa casado con alguna de esas jovencitas interesadas que sonreían con recato mientras calculaban cuánto daría de sí la renta del conde, Emma no respondía de sus actos.

—¿Puedo saber a quién buscas con tanto anhelo?

Se volvió hacia ella con la rapidez del culpable. O como si hubiera estado esperando una excusa para hacerlo. La sonrisa con la que respondió tenía un aire de disculpa:

—No es anhelo, créeme, se trata de genuina preocupación: llevo un buen rato sin ver a Liam y me preocupa que esté... —carraspeó—, digamos, comportándose de forma poco caballerosa en algún rincón.

Le hizo gracia la elección de palabras y, sobre todo, la idea de que John aún sintiera la necesidad de disimular delante de ella.

—Vaya par de perros guardianes. Helen también lo buscaba

hace un rato. No tienes de qué preocuparte: se marchó hace cosa de una hora y nada en su aspecto hacía sospechar de su integridad moral.

Ya se estaba felicitando por haber sabido seguirle el juego a John, cuando se percató de que a él, aquello no parecía haberle hecho mucha gracia.

—¿Te ha dicho que se iba?

—No —respondió Emma, sonriendo ahora con algo menos de seguridad—, no. Pero lo he visto salir. Soy una chica muy observadora.

—Sí, para algunas cosas sí que lo eres, supongo.

Notó una punzante amargura, como si alguien le hubiera dado un puntapié en la boca del estómago. Estaba demasiado acostumbrada a que la gente le hiciera comentarios impertinentes acerca de su fijación por Liam, acerca de su fracaso al intentar atraparlo y, en general, acerca de la posición tan incómoda en la que esa situación la colocaba. Pero John no haría eso. Él no. No lo había hecho nunca y no iba a empezar a hacerlo ahora, ¿verdad? No esa noche.

Trató de mantener la compostura. Seguro que no había querido decir *eso*, pero no estaba dispuesta a morderse la lengua y pasar por alto el comentario. Si no podía hablar con libertad delante del que era algo así como su mejor amigo, ¿qué le quedaba?

—¿Qué quieres decir con «algunas cosas»?

Al menos él tuvo la decencia de mostrarse incómodo de pronto, como si se estuviera reprendiendo por haberse ido de la lengua.

—Nada, no quería decir nada.

—Parecías querer decir algo.

—Solo bromeaba —se justificó él con un encogimiento de hombros—, por lo de antes. Porque has tardado un buen rato en darte cuenta de que te estaba pidiendo auxilio.

—Ah, claro —replicó ella, obligándose a sonreír. Tenía sentido. John no se había burlado, por supuesto que no. Lo que pasaba era que ella estaba demasiado a la defensiva con ese tema y veía dobles sentidos en todas partes. Lo mejor que podía hacer era devolverle la broma y en un minuto lo habrían olvidado todo—: Entonces solo estabas celoso.

Lord Hardwick se puso tan rígido que Emma tuvo la certeza de que esta vez era ella la que le había dado el puntapié, aunque no tenía ni idea de cómo. ¿Desde cuándo era tan complicado hablar con John?

—Eso no es...

—Tranquilo —rio ella, rogando para que aquella frialdad que parecía haberse instalado entre ellos desapareciera de una vez—, solo bromeaba. Tu reputación de hombre imperturbable está a salvo conmigo.

Él tragó saliva y asintió, como si también estuviera haciendo un esfuerzo por olvidar el último minuto y actuar con normalidad. Cuando al final lo vio sonreír, Emma tuvo que reprimir un suspiro de alivio.

—Menos mal —dijo John, después de lo que a ella le pareció una eternidad—. Por nada del mundo habría querido echar a perder mi reputación.

—Desde luego —coincidió respirando con normalidad por fin—, y menos que nunca este año. Eso habría sido muy inoportuno.

—¿Este año? ¿Qué quieres decir?

Emma alzó las cejas para mirarlo, divertida.

—No hablas en serio. ¿De verdad no te has dado cuenta?

—¿De qué?

Ella dejó escapar una carcajada incrédula.

—¡Del modo en que te miran todos! Vamos, John, 1814 es tu año: eres la sensación de la temporada, el conde del momento.

Me sorprenderé mucho si, para cuando acabe la primavera, no estás prometido con alguna de estas elegantes señoritas —con un ademán de la mano, abarcó el salón que los rodeaba—. Casado, incluso.

—Improbable, teniendo en cuenta que yo no tengo el más mínimo interés en ninguna de ellas.

—Ah, pero eso no las va a disuadir, querido —replicó Emma—, porque ellas tienen todo el interés en ti.

—Pierden el tiempo.

Lo dijo con tanta seguridad, con una rotundidad tan sólida, que Emma no pudo evitar preguntarse si los rumores que se habían empezado a escuchar aquí y allá en los últimos meses no tendrían algo de cierto. Rumores acerca de que había alguien que ocupaba su corazón, unos comentarios a los que ella, en realidad, no había concedido mucho crédito hasta entonces.

Porque si de algo había hablado la gente en el último año había sido de la forma en que John Westfield había conseguido demostrar en los tribunales que era, de hecho, el hijo mayor del anterior conde de Hardwick y que, por tanto, era a él, y no a su hermano Liam, a quien le correspondía heredar el título. Lo que la gente ignoraba, por supuesto, era que aquello había sido producto de un ardid en el que los dos hermanos habían participado de buen gusto, pues Liam tenía tanto interés en ser conde como John en casarse ese mismo año: ninguno en absoluto. Por suerte para ambos, todo salió bien y un año después Liam era oficialmente el señor Westfield, el afortunado «hermano menor» del conde de Hardwick, con libertad para dedicarse en cuerpo y alma a la medicina y sin la obligación de gestionar un condado que ni quería ni le preocupaba.

Pero ser el centro de los cotilleos tenía un precio, y algunos de los más inclinados a la fantasía habían empezado a sugerir,

entre susurros mal disimulados, que el condado no era lo único que John Westfield le había *quitado* a su hermano.

Inventaciones de gente aburrida, seguro. Si algo de aquello fuera verdad, Helen lo habría mencionado.

—No será verdad eso que dicen... —dejó caer Emma con todo el desenfado del que fue capaz. Si quería que John confesara, tendría que ponerle un buen anzuelo.

—¿Qué dicen?

—Bueno, por ahí se comenta que Elise Jenningham no ha dejado de ser la futura condesa de Hardwick. Ya sabes, el heredero que resurge para reclamar su tierra y a su futura esposa... Algunos se han atrevido a afirmar que vuestro amor secreto fue la motivación real de todo lo que ocurrió. —La expresión de John iba pasando de la sorpresa al desconcierto, y de ahí al desagrado absoluto—. Venga ya, admitirás que es el romance perfecto. A la gente le encanta que le ofrezcan un buen espectáculo.

—A la gente le encanta la pedofilia, querrás decir.

Aquello y la cara de espanto con que John se expresó le provocó otra carcajada con la que Emma se permitió creer que la tensión de unos momentos antes solo había sido producto de su imaginación.

—Venga ya, no es para tanto. Elise está a punto de cumplir los dieciocho.

—Lo cual la sigue haciendo casi diez años más joven que yo —aclaró él con el mismo tono escandalizado que si estuviera viéndose obligado a explicarle que uno y uno suman dos—. ¡Es más pequeña que mi hermana! Dime que no te has creído esas patrañas.

Se rio de él un momento más antes de concederle la verdad: que nunca había terminado de dar credibilidad a esos rumores. Conocía a John demasiado bien como para pensar que esa fuera una posibilidad, y no porque Elise no fuera todo lo adorable e

inteligente que un hombre como él podría desear. Simplemente... no parecía lo correcto.

—No, supongo que no —concedió—, pero tenía que intentarlo. Últimamente estoy desarrollando mis habilidades de casamentera, ¿sabes?

No fue hasta que lo hubo dicho en voz alta que se dio cuenta de que era, en cierto modo, verdad. Entre custodiar a su hermana, ayudar a Alice y hacer suposiciones acerca del futuro matrimonio de John, empezaba a parecer una alcahueta de tres al cuarto. Al parecer, había renunciado a centrarse en su propio futuro y sin siquiera darse cuenta.

—Te agradecería mucho que no las pusieras en práctica conmigo.

—Es una pena —bromeó ella—. Creo que se me da bastante bien.

—No estoy interesado.

—Ni siquiera si te digo que...

—No, Emma —la interrumpió—. Y sería muy oportuno que dejases de entrometerte en cuestiones que nada tienen que ver contigo.

Ella acusó el golpe con una mirada ofendida.

—¿Disculpa? Si llego a saber que tu intención era insultarme, aún estarías contando ovejas con lord Crane, a riesgo de dormirme delante de él.

—No te he insultado.

—Apenas —replicó furiosa.

—Si no quieres que te insulte, deja de comportarte como si tuvieras quince años.

—Tal vez lo haga. Mientras tanto, tú podrías ir a buscar tus modales, creo que los has perdido en algún momento de la última media hora.

Él resopló y se volvió hacia otro lado. Por un momento, Emma

pensó que se iba a marchar sin decir nada más, pero se giró de nuevo hacia ella.

—Creo que es hora de que me retire. Si me disculpas...

En ese momento, si a Emma le hubieran preguntado, no habría sabido decir de dónde venía el veneno que ascendió por su garganta.

—Claro, márchate —dijo, y señaló hacia la puerta que quedaba tras él—. Con suerte, si sales por allí todavía podrás encontrar a *lady* Croft esperándote. No ha tenido ningún reparo en comerte con los ojos mientras hablábamos.

Él ni siquiera se volvió hacia el lugar que Emma le indicaba, pero resopló con fuerza y se inclinó ligeramente hacia ella. Solo fue consciente de lo cerca que estaban cuando se dio cuenta de que podía contar tres diminutos puntos castaños en el iris derecho de John de los que jamás hasta entonces había tenido constancia.

—Se habrá dado por vencida con mi hermano después de pasarse media noche persiguiéndolo —comentó él con algo que quería parecer ligereza, pero que sonó a amarga resignación—. Al parecer es un mal endémico.

—¿A qué te refieres?

Él abrió la boca para darle la réplica, pero se había acercado un poco más y ya no la estaba mirando a los ojos. Por un momento, casi tuvo la impresión de que...

—Olvidalo —contestó él con brusquedad, dando un paso atrás.

—Créeme, lo intentaría, pero me lo pones muy difícil.

Con un cabeceo que no merecía el nombre de venia, se despidió:

—Sigue intentándolo.

Y allí se quedó Emma, parada en medio del salón y tratando de sujetar la mandíbula para que no se le cayera al suelo. Allí,

a sus pies, en el mismo punto en que su ánimo había quedado aplastado.

¿Qué demonios acababa de ocurrir?

La respuesta era tan extraña como incomprensible: hacía diez años que conocía a John Westfield y acababa de discutir con él por primera vez.